

843  
D.  
R. 2227  
53  
565  
V. 5



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# LA SAN FELICE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO PRIMERO

### Justicia de Dios

En la mañana del 22 de Diciembre, esto es, al día siguiente de aquel en que tuvieron lugar los acontecimientos que acabamos de referir, numerosos grupos se hallaban estacionados desde el amanecer ante los carteles con las armas reales que durante la noche anterior habían sido puestos en las esquinas de Nápoles.

Aquellos carteles contenían un edicto ó bando á tenor del cual se declaraba que el principe de Piñatelli quedaba nombrado vicario y Mack teniente general.

El rey prometía volver de Sicilia con un poderoso auxilio.

La terrible verdad acababa en fin de aparecer á



los ojos de los napolitanos. Siempre cobarde, el rey abandonaba á su pueblo como había abandonado á su ejército. Sólo que al huir esta vez despojaba á la capital de todas las obras maestras recogidas durante un siglo y de todo el dinero que encerraban las arcas públicas.

Entonces, el desesperado pueblo corrió al muelle. Los navíos de la escuadra inglesa, detenidos por el viento contrario, no habían podido salir de la rada. Aquel en que se hallaba el rey se distinguía por la bandera que flotaba en su mástil; como antes hemos dicho, era el *Van-Guard*.

Habiendo caído el viento á eso de las cuatro de la mañana, según había previsto el conde de Thurn, el mar quedó en calma; los fugitivos, después de haber pasado la noche en casa del inspector del puerto, sin conseguir entrar en calor, se habían trasladado á duras penas á bordo del navío almirante.

Los jóvenes príncipes habían tenido hambre y frío y por única cena les dieron un pedazo de pan duro, anchoas saladas y agua fresca. La princesa Antonia, la más joven de las hijas de la reina, refiere en un diario que tenemos á la vista sus angustias y las de sus augustos parientes durante aquella terrible noche.

Aunque el mar se hallaba todavía sumamente

alborotado, el arzobispo de Nápoles, los barones, los magistrados y los elegidos del pueblo consiguieron á fuerza de dinero encontrar algunas barcas que los llevasen á la bahía y fueron á suplicar al rey que volviese á Nápoles, prometiéndole derramar en defensa de la ciudad hasta la última gota de su sangre.

El rey no consintió en recibir sino al arzobispo, monseñor Capece Zurlo, el cual, no obstante sus ruegos, sólo pudo arrancar del monarca estas palabras :

— Me encomiendo al mar, puesto que la tierra me ha hecho traición.

En medio de aquellas barcas había una en la cual iba un solo hombre vestido de negro, con la frente apoyada en las manos; de cuando en cuando aquel personaje levantaba su pálida cabeza y dirigía hacia la proa su torva mirada, para ver si se aproximaban al navío que servía de asilo al rey.

El navío almirante estaba rodeado de barcas; pero ante aquel esquivo y ante aquel hombre sombrío y silencioso, todas viraron para dejarle paso.

La barca del hombre vestido de negro llegó al pie de la escala; allí estaba un soldado de la marina inglesa, cuya consigna era no dejar subir á nadie á bordo.



El recién llegado insistió para que se le concediese el favor que se negaba á todo el mundo. Su insistencia obligó á salir al portalón á un oficial de marina.

— Caballero, dijo el hombre que pretendía subir á bordo, tened la bondad de decir á mi reina que es el marqués Vanni quien solicita de ella una audiencia de algunos instantes.

Un murmullo de descontento circuló por todas las barcas.

Si el rey y la reina recibían á Vanni, después de haber negado la entrada á los magistrados, á los barones y á los elegidos del pueblo, era hacer un insulto á la nobleza y á la ciudad.

El oficial de marina volvió á aparecer en lo alto de la escala y dijo en inglés :

— La reina está indispuesta y no puede recibir á nadie.

No comprendiendo ó fingiendo no comprender el inglés, Vanni continuaba asiéndose á la escala, de la cual le rechazaba á cada nuevo asalto el centinela.

Un segundo oficial asomó al portalón y le notificó la negativa en mal italiano.

— Entonces, suplicad al rey, gritó Vanni. Es imposible que S. M., de quien he sido tan fiel ser-

vidor, rechace la demanda que tengo que hacerle.

Los dos oficiales se consultaban respecto á lo que debían hacer, cuando el rey apareció en aquel momento sobre cubierta acompañado del arzobispo.

— ¡Señor! ¡señor! gritó Vanni al distinguir al rey, ¡soy yo! ¡es vuestro fiel servidor!

El arzobispo descendió la escala, y al llegar donde estaba Vanni, se hizo á un lado como si pasase junto á un leproso.

Aquel movimiento de repulsión, que por cierto no tenía nada de cristiano, fué notado por los que se hallaban en las barcas, los cuales le acogieron con un murmullo de aprobación.

El rey echó de ver el incidente, y decidió sacar partido de él.

Verdad es que semejante conducta de parte del rey Fernando, era una cobardía más; pero hacía tiempo que el digno monarca no se tomaba el trabajo de contar sus vilezas.

— ¡Señor! repitió Vanni con el sombrero en la mano y los brazos extendidos hacia el rey, ¡soy yo!

— ¿Y quién sois vos? preguntó Fernando en ese tono gangoso, zumbón y chocarrero que tanto parecido le daba con Polichinela.

— El marqués Vanni.



— ¡No os conozco! dijo el rey.

— Señor, exclamó Vanni, ¿no conocéis á vuestro procurador fiscal, al relator de la junta de Estado?

— ¡Ah! sí, respondió Fernando; vos sois el que decía que la tranquilidad no quedaría restablecida en el reino sino cuando prendiese á todos los nobles, á todos los barones, á todos los magistrados, á todos los jacobinos; vos sois el que pedía la cabeza de treinta y dos personas y el que quería aplicar el tormento á Médici, á Canzano y á Teodoro Montecelli.

El sudor inundaba la frente de Vanni.

— ¡Señor! murmuró.

— Sí, continuó el rey, os conozco, pero sólo de nombre; yo no he tenido nunca nada que ver con vos, ó mejor dicho, vos no habéis tenido nunca nada que ver conmigo. ¿Os he dado jamás una sola orden personalmente?

— No, señor, es cierto, dijo Vanni moviendo la cabeza. Todo cuanto he hecho ha sido por orden de S. M. la reina.

— Pues entonces, si algo tenéis que pedir, pedídselo á S. M. la reina y no á mí.

— Señor, me he dirigido á la reina.

— ¡Bien! dijo el rey, quien, al ver la aprobación que su negativa merecía á los espectadores y

deseando reconquistar con aquél acto de ingratitud una parte de su perdida popularidad, trataba de prolongar la escena en vez de abreviarla. ¿Y qué ha dicho?

— La reina se ha negado á recibirme, señor.

— Comprendo, mi pobre marqués, que el asunto es algo desagradable para vos; pero así como yo aprobaba la conducta de la reina cuando os recibía, tampoco puedo desaprobársela ahora que no os recibe.

— ¡Señor! gritó Vanni con el acento del naufrago que siente escapársele de entre sus cansados brazos la tabla en que funda su esperanza. ¡Señor! Vuestra Majestad sabe que yo no puedo quedarme en Nápoles después de los servicios que he prestado á su gobierno... Negarme el asilo que os pido en algún buque de la escuadra inglesa, es condenarme á muerte: ¡los jacobinos me ahorcarán antes de veinticuatro horas!

— Y convenid, dijo el rey, en que lo tendréis bien merecido.

— ¡Oh! ¡señor! ¡señor! ¡sólo faltaba á mi desgracia el abandono de V. M.

— Mi majestad, querido marqués, no es más poderoso aquí que en Nápoles. La verdadera Majestad es la reina, bien lo sabéis. Ella es la que reina; yo



cazo y me divierto — aunque no precisamente en este instante, puedo asegurároslo. — La reina es la que mandó llamar al barón Mack y la que le nombró general en jefe; la reina es la que hace la guerra; la reina es la que quiere ir á Sicilia, pues todo el mundo sabe que yo deseaba quedarme en Nápoles. Arreglaos, pues, con S. M... es todo cuanto puedo deciros.

Vani se llevó las manos á la frente en ademán desesperado.

— ¡ Ah! dijo el rey, puedo también daros un consejo...

El fiscal levantó su abatida frente; un rayo de esperanza iluminó su lívido rostro.

— Que vayáis á bordo de la *Minerva*, donde está embarcado el duque de Calabria con su servidumbre, á pedir pasaje al almirante Caracciolo. ¡ Conque, buenos días, querido marqués, y buen viaje!

Y el rey acompañó este último saludo de un ruido grotesco que S. M. solía hacer con la boca, y que imitaba á las mil maravillas al que hacía el diablo de que nos habla el Dante, al servirse del rabo en lugar de trompeta.

Á pesar de la gravedad de la situación, algunos espectadores se echaron á reir; otros gritaron « viva el rey! » pero todos formaron coro unánime

en el horrible concierto de gritos y silbidos que acompañó la retirada del infeliz marqués.

Por escasas que fuesen las probabilidades que había en el consejo que acababa de darle el rey, Vanni vió en él su última esperanza y ordenó á los remeros que bogasen hacia la fragata *Minerva* que se balanceaba graciosamente lejos de la escuadra británica, teniendo izado en el tope del gran mastelero, como indicio de que se hallaba á su bordo el príncipe real, el pabellón de las Dos Sicilias.

Tres hombres, con el anteojo en la mano, habían observado desde la toldilla de la fragata la escena que acabamos de referir: eran el duque de Calabria, el almirante Caracciolo y el caballero San Felice; aunque á decir verdad, el anteojo de este último se dirigía más frecuentemente hacia Margellina, donde se alzaba la casa de la Palmera, que hacia el lado de Sorrento, en cuya dirección estaba anclado el *Van-Guard*.

El príncipe Francisco vió aquella barca dirigiéndose á fuerza de remo hacia la *Minerva*, y como había notado que el hombre que venía en ella acababa de conversar por espacio de largo rato con el rey, fijó en él su anteojo con particular atención.



De pronto, exclamó reconociéndole :

— Es Vanni, el procurador fiscal.

— ¿ Qué viene á hacer á mi bordo ese miserable ? preguntó Caracciolo frunciendo el entrecejo.

Pero acordándose de que Vanni era hechura de la reina, añadió sonriendo :

— Dispensad, Alteza ; ya sabéis que los marinos y los jueces no gastan el mismo uniforme, y quizás una preocupación me hace ser injusto.

— No se trata de preocupaciones, querido almirante, sino de conciencia. Ahora comprendo lo que acaba de pasar. Vanni tiene miedo de quedarse en Nápoles y quiere huir con nosotros. Ha ido sin duda á pedir al rey que le reciba á bordo del *Van-Guard*, el rey se ha negado á ello y el infeliz viene á refugiarse á la *Minerva*.

— Y ¿ cuál es la opinión de V. A. respecto á ese hombre ? preguntó Caracciolo.

— Querido almirante, si viene con una orden escrita del rey, le recibiremos, porque debemos obedecer á mi padre ; pero si no trae una orden en regla, vos sois dueño absoluto á bordo y os dejo en libertad de hacer lo que queráis. Ven, San Felice.

Y el príncipe, acompañado de su bibliotecario, bajó al camarote del almirante que éste le había cedido.

La barca se aproximaba. Caracciolo mandó á un marinero ponerse de centinela en el último peldaño de la escala y permaneció en pie y con los brazos cruzados junto al portalón.

— ¡ Eh de la barca ! gritó el marinero, ¿ quién vive ?

— ¡ Amigo ! respondió Vanni.

Caracciolo sonrió desdeñosamente.

— ¡ Teneos á lo largo ! continuó el centinela. Hablad al almirante.

Los remeros, que conocían la rigidez de Caracciolo en materia de disciplina, se mantuvieron á respetable distancia.

— ¿ Qué queréis ? preguntó el almirante con su voz ruda y breve.

— Yo soy...

Caracciolo le interrumpió.

— Es inútil que me digáis vuestro nombre ; os conozco como os conoce todo Nápoles. Así, pues, no os pregunto quién sois, sino qué queréis.

— Excelencia, no habiendo podido S. M. el rey recibirme á bordo del *Van-Guard* para llevarme consigo á Sicilia, me envía á vos suplicándoos...

— El rey no suplica, señor mío, S. M. ordena : ¿ donde está la orden ?

— ¿ La orden ?...



— Sí, os pregunto dónde está la orden que sin duda os ha dado S. M. al enviaros á mí ; porque el rey debe saber que sin una orden firmada de su puño no recibiré á mi bordo á un miserable como vos.

— No traigo ninguna orden escrita, dijo Vanni consternado.

— Pues entonces, ¡ á lo largo !

— ¡ Excelencia !...

— ¡ Á lo largo ! repitió el almirante.

Y dirigiéndose al centinela :

— Gritale por tercera vez ¡ á lo largo ! y si ese hombre no se aleja, hazle fuego,

— ¡ Á lo largo ! gritó el marinero preparando el arma.

La barca se alejó.

Toda esperanza estaba perdida. Vanni entró en su casa : su mujer y sus hijos no esperaban volver á verle tan pronto. ¡ Ay ! esos cortadores de cabezas tienen mujeres é hijos como los demás hombres, y algunas veces, corazones de esposo y entrañas de padre... La mujer y los hijos salieron á recibirle admirados de su pronto regreso.

Vanni se esforzó por sonreírles, y les anunció que marchaba con el rey ; pero como probablemente los buques no zarparían hasta la noche

á causa del viento contrario, había vuelto á buscar algunos papeles importantes que en su precipitación por abandonar la capital no había tenido tiempo de reunir.

Esto era lo que le hacía volver á Nápoles.

Vanni abrazó á su mujer y á sus hijos, entró en su gabinete y cerró la puerta con llave.

Acababa de tomar una terrible resolución : la de suicidarse.

Durante algún tiempo, se paseó desde el gabinete á la alcoba, no sabiendo si elegiría para poner término á su vida la cuerda, la navaja barbera ó la pistola, instrumentos que se hallaban al alcance de su mano.

Por fin se decidió por el segundo.

Sentóse frente á su escritorio, colocó delante de sí un pequeño espejo y puso al lado la navaja.

Hecho esto, cogió aquella pluma, que tan á menudo había pedido la muerte para los demás, y redactó en los términos siguientes su propia sentencia :

« La ingratitud de que soy víctima, la aproximación de un enemigo temible y la falta de asilo me determinan á poner fin á mi existencia, la cual no sería en adelante sino una pesada carga.

» Á nadie se culpe de mi muerte ; que ella sirva de ejemplo á los inquisidores de Estado. »



Pasaron dos horas. Inquieta la mujer de Vanni al ver que su marido no salía de su cuarto, y particularmente por el profundo silencio que reinaba en la habitación, á cuya puerta había escuchado varias veces, se decidió á llamar.

Nadie le respondió.

Llamó por segunda vez: el mismo silencio.

Entonces trató de entrar por la puerta de la alcoba; pero también estaba cerrada por dentro como la del gabinete.

Un criado se ofreció á entrar por la ventana rompiendo un cristal.

Éste era el único medio hábil, á menos de no llamar á un cerrajero que forzase la puerta.

La familia temía alguna desgracia y dió la preferencia al medio propuesto por el sirviente.

Éste rompió un vidrio, recorrió la falleba y entró en la habitación.

Pero apenas puso en ella el pie lanzó un grito y retrocedió hasta el alféizar.

Vanni estaba medio tendido en su sillón, con una horrible herida en el cuello. Se había cortado la carótida con la navaja, la cual había dejado caer junto á él.

La sangre había inundado aquel mismo escritorio donde tantas veces había pedido la sangre inocente:

el espejo ante el cual se había abierto la arteria y la carta en que explicaba la causa del suicidio estaban anegados.

Su muerte había sido casi instantánea, sin convulsiones, sin sufrimiento.

Dios, cuya severidad para con él llegó hasta el extremo de no dejarle más refugio que la tumba, fué al menos misericordioso en su agonía.

« De la sangre de los Gracos nació Mario, » ha dicho Mirabeau. De la sangre de Vanni nació Speciale.

Tal vez la unidad de nuestro libro hubiera ganado si de Vanni y Speciale no hubiésemos hecho sino un solo hombre; pero la inexorable historia nos obliga á consignar que Nápoles ha proporcionado á su rey dos Fouquier-Tinville, mientras que la Francia sólo dió uno á la revolución.

El ejemplo de la muerte de Vanni fué completamente inútil. Si á veces faltan verdugos que ejecuten las sentencias, nunca faltan jueces que las firmen.

Á las tres de la tarde del día siguiente, habiendo aclarado el tiempo y siendo el viento favorable, se hicieron á la vela los navíos de la escuadra inglesa y no tardaron en transponer la línea del horizonte.



## CAPÍTULO II

### La tregua

La fuga del rey sumergió á la ciudad de Nápoles en el mayor estupor. Mientras que los navíos ingleses permanecieron anclados, el pueblo, apiñado en el muelle, abrigaba la esperanza de que el rey cambiase de parecer y de que sus ruegos y sus protestas de adhesión le hiciesen volver á palacio ; pero cuando vió desaparecer la última vela tras el sombrío horizonte, se retiró triste y silencioso. Todavía se hallaba en el periodo de postración.

Aquella noche, un rumor extraño circuló por las calles de Nápoles. Corría de boca en boca la palabra « fuego » y nadie sabía dónde estaba el incendio, ni cuál era su causa.

El pueblo volvió á reunirse en el muelle. Una espesa humareda se elevaba al cielo en medio del golfo, en dirección de poniente á levante.

La escuadra napolitana había sido incendiada por orden de Nelsón, orden que había ejecutado el marqués de Nizza.

El espectáculo era magnífico ; ; pero costaba algo caro !

Las llamas devoraban ciento veinte lanchas cañoneras.

Una vez quemadas en una sola é inmensa pira aquellas ciento veinte lanchas, los espectadores vieron brotar una llama en otro punto del golfo, donde se hallaban anclados dos navíos de línea y tres fragatas ; aquella llama corrió por la superficie del mar de buque en buque, subió poco á poco de los cascos á la cubierta y de la cubierta á la arboladura, y no tardó en ascender hasta el tope de los más altos masteleros, propagándose de cuerda en cuerda. Después de algunos instantes de fantástica iluminación, los navíos y las fragatas quedaron reducidos á cenizas, desapareciendo sus despojos en el seno de las agitadas olas.

Sumas enormes y quince años de penosos trabajos, quedaban consumidos en algunas horas, y esto sin ningún objeto, sin una causa que justificase tan inconcebible medida. El pueblo volvió á entrar en la ciudad después de haber presenciado aquellos fuegos artificiales que le costaban ciento veinte millones.



La noche fué sombría y silenciosa ; pero aquel silencio era el que precede á las erupciones volcánicas. Al amanecer del día siguiente, el pueblo empezó á invadir las calles de una manera tumultuaria y amenazadora.

Circulaban los más extraños rumores. Murmurábase que la reina había dicho á Piñatelli antes de marchar :

« Si es preciso, incendiad á Nápoles y aniquiladlo todo cuidando de salvar al pueblo, que es el único que vale alguna cosa. »

Los curiosos leían un cartel fijado en las esquinas en el cual se hallaba impresa esta recomendación :

« Tan pronto como los franceses pongan el pie en el territorio napolitano, todos los pueblos deberán levantarse en masa y asesinarlos sin misericordia.

« Por el rey :

» PIÑATELLI, vicario general. »

En la noche del 23 al 24 de Diciembre, esto es, la siguiente al día en que marchó el monarca, se reunió el cabildo, para proveer á la seguridad de Nápoles.

Lo que entonces se llamaba cabildo eran siete personas elegidas por los *sedili*, es decir, por los titulares de privilegios que se remontaban á más de ochocientos años.

Cuando Nápoles era todavía ciudad y república griega, tenía, como Atenas, pórticos donde se reunían los ricos, los nobles y los militares para hablar de los negocios públicos.

Aquellos pórticos eran su *agora* : en ellos había asientos circulares llamados *sedili*.

En un principio, hubo cuatro *sedili*, uno por cada barrio de Nápoles, número que después se fué aumentando hasta veinte, y que por último llegó á veintinueve ; pero, habiéndose confundido unos con otros, quedaron reducidos á cinco, tomando nombre de las localidades en que se hallaban, esto es, de Capuana, de Montagna, de Nido, de Porto y Porta-Nuova.

Tal importancia llegaron á adquirir los *sedili*, que Carlos de Anjou los reconoció como poderes del Estado y les concedió el privilegio de representar la capital y el reino, de elegir entre sí los miembros del consejo municipal de Nápoles, de administrar las rentas de la ciudad, de conceder á los extranjeros el derecho de ciudadanía y de ser jueces en ciertas causas.



El pueblo y la clase media que se formaron poco á poco, viendo que los nobles, los ricos y los militares eran los únicos que administraban los negocios de todos, pidieron á su vez un *segio* ó *sedili* que les fué concedido y que se llamó *sedili* del pueblo.

Excepto la nobleza, aquel *sedili* tuvo los mismos privilegios que los otros cinco.

Entonces formaron la municipalidad de Nápoles un síndico y seis elegidos, uno por cada *sedili*, á los cuales se asociaban otros veintinueve miembros, nombrados en las mismas reuniones, en memoria de aquellos veintinueve *sedili* que tuvo la ciudad por espacio de algún tiempo.

Una vez ausente el rey, las primeras medidas que tomó el cabildo fué formar una guardia nacional y elegir catorce diputados que se encargaran de la defensa y de los intereses de Nápoles, durante los graves, aunque todavía desconocidos acontecimientos que iban á tener lugar.

Nuestros lectores nos dispensarán la minuciosidad de estos pormenores; pero los creemos indispensables á la inteligencia de los hechos que vamos á referir: si ignorasen la constitución de Nápoles, y los privilegios de los napolitanos, asistirían á esa gran lucha de la monarquía y del pueblo sin com-

prender, no ya las fuerzas, sino los derechos de cada uno.

Así, pues, en la mañana del 24 de Diciembre, día siguiente al de la fuga del rey, una diputación del cabildo y de la magistratura fué á presentar sus homenajes al señor vicario general, príncipe de Piñatelli.

Adocenada medianía en toda la extensión de la palabra, inferior al puesto en que le colocaban los acontecimientos, y tanto más orgulloso cuanto más incapaz era de llenar su cometido, el príncipe Piñatelli recibió á la diputación con tal insolencia, que sus miembros salieron preguntándose unos á otros si serían ciertas las instrucciones que según se murmuraba le había dado la reina, y si en efecto habría firmado Carolina el acto que hacía estremer á los napolitanos.

Así las cosas, los catorce diputados ó representantes que el municipio debía nombrar quedaron electos. Como prueba de su nombramiento y de su existencia, resolvieron enviar al príncipe Piñatelli una segunda embajada, no obstante el mal éxito de la primera, con especial encargo de demostrarle la utilidad de la guardia cívica que acababa de decretar el cabildo.

Más brutal y grosero que la primera vez, el



príncipe respondió á los diputados que á él y no á ellos estaba encomendada la seguridad de la población y que él era el único responsable.

Entonces sucedió lo que ordinariamente sucede cuando los poderes populares empiezan á ejercer sus derechos. Los diputados transmitieron al cabildo la insolente respuesta del vicario general; pero el cabildo no se intimidó por ella, antes al contrario, nombró otra diputación, y sus miembros se presentaron por tercera vez al príncipe. Éste los recibió aún más grosera y brutalmente que las dos anteriores; los mensajeros se contentaron con responderle:

— Bien, obrad como queráis, señor vicario; nosotros obraremos como nos parezca y veremos á favor de quién se decide el pueblo.

Y se retiraron sin decir ni una palabra más.

Nápoles se hallaba entonces, poco más ó menos, como la Francia después del juego de Pelota, con la diferencia de que, no estando allí los reyes, la situación era menos difícil para los napolitanos.

Dos días después, el municipio recibió la autorización de formar la guardia cívica que había decretado.

Pero la dificultad no estribaba en el permiso ó en

la negativa del príncipe Piñatelli sino más bien en la manera de formarla.

Ésta fué el enganche; pero el enganche no era la organización.

Acostumbrada la nobleza de Nápoles á ocupar todos los puestos, pretendía reservarse en aquella guardia todos los grados, ó cuando menos, todos los superiores, sin dejar á la clase media más que aquellos que ella despreciaba.

Por fin, después de cuatro días de discusiones, se convino en que los grados se repartirían por igual entre la clase media y los nobles.

Establecióse un acuerdo sobre esta base, y en menos de tres días subió el reclutamiento á catorce mil hombres.

Pero era menester procurarse armas, y sobre este punto opuso el vicario general la más obstinada oposición.

Á fuerza de luchar, se consiguieron quinientos fusiles y luego doscientos.

Entonces se invitó á los patriotas — la palabra empezaba á hacer fortuna — á que prestasen sus armas, las patrullas empezaron inmediatamente y la ciudad ofrecía un aspecto bastante tranquilo.

Pero de repente el pueblo de Nápoles supo, no sin asombro, que, á petición del general Mack, se



había firmado la víspera, esto es, el 9 de Enero de 1799, una tregua de dos meses, cuyo primer artículo era la rendición de Capua, siendo los signatarios el príncipe de Migliano y el duque de Geno, de una parte y á nombre del gobierno representado por el vicario general, y de la otra el comisario pagador Archambal, á nombre del ejército republicano.

La tregua no podía venir más á propósito para sacar á Championnet de gravísimos apuros. La orden que había dado el rey de asesinar á los franceses había empezado ya á seguirse al pie de la letra. Además de las bandas de Pronio, de Mammone y de Fra Diávolo, todo el mundo había salido á caza de franceses. Millares de labriegos infestaban los caminos, los bosques y las montañas, y, escondidos detrás de las rocas ó de los repliegues del terreno, asesinaban cruelmente á cuantos tenían la imprudencia de quedarse rezagados, cuando las columnas se hallaban en marcha, ó de alejarse de sus campamentos. Además, las tropas del general Naselli, á su regreso de Liorna, se habían reunido á los restos de la columna de Damas, y ambas fuerzas se habían embarcado con objeto de descender á las bocas del Garigliano y de atacar á los franceses por la espalda, mientras

que Mack les presentase la batalla de frente.

Perdidos con sus 10,000 hombres en medio de 30,000 soldados insurrectos y teniendo que habérselas á la vez con los 15,000 de Mack, los 8,000 de Naselli, los 5,000 que aun le quedaban á Damas y con los regimientos de voluntarios de Rocca-Romana y de Maliterno, la posición de Championnet no podía ser más comprometida.

El cuerpo de ejército de Macdonald trató de tomar por sorpresa á Capua. Al efecto, marchó á favor de las sombras de la noche y ya envolvía el fuerte avanzado de San José, cuando un artillero, oyendo ruido y viendo una masa de hombres que se deslizaban en la obscuridad, aplicó la mecha á su cañón é hizo cundir la alarma con aquel disparo.

Por otra parte, los franceses habían intentado pasar el Volturno por el vado de Caiazzo; pero los rechazaron los voluntarios de Rocca-Romana, el cual hizo aquel día prodigios de valor.

Championnet dió en seguida orden á su ejército de que se concentrase alrededor de Capua, plaza que quería tomar antes de marchar sobre Nápoles. Entonces fué cuando vió su aislamiento y comprendió el gravísimo peligro en que se hallaba. Championnet andaba ya buscando el medio de salir de su crítica posición y de intimidar al enemigo con



alguno de esos atrevidos golpes de mano que á veces inspira la misma gravedad de las circunstancias, cuando de pronto, y en el momento que menos lo esperaba, vió abrirse las puertas de Capua y avanzar hacia él, precedidos de la bandera parlamentaria, algunos oficiales superiores encargados de proponerle un armisticio.

Aquellos oficiales, que Championnet no conocía, eran, como hemos dicho, el príncipe de Migliano y el duque de Geno.

Según lo que en los preliminares se decía, el armisticio tenía por objeto preparar los ánimos á fin de llegar á una paz sólida y duradera.

Las condiciones que los dos plenipotenciarios napolitanos se hallaban autorizados á proponer, consistían en la rendición de Capua y en el establecimiento de una línea militar, detrás de la cual esperarían los beligerantes las decisiones de sus respectivos gobiernos.

Semejantes condiciones, en la situación en que se hallaba Championnet, no sólo eran aceptables, sino ventajosísimas. Sin embargo, las rechazó diciendo que no aceptaba ningún armisticio si no se basaba en la sumisión de las provincias y en la rendición de Nápoles.

Como los plenipotenciarios no podían traspasar

el círculo de sus instrucciones, se retiraron sin decidir nada.

Al día siguiente, volvieron á hacer la misma propuesta que Championnet rechazó de igual modo que la había rechazado la víspera.

Por fin, dos días después, durante los cuales se había hecho más crítica la posición del ejército francés, envuelto como se hallaba por todos lados, aparecieron en el campamento por tercera vez el príncipe de Migliano y el duque de Geno, declarando que estaban autorizados para conceder todo lo que no fuese la rendición de Nápoles.

Esta nueva concesión de los plenipotenciarios era tan extraordinaria é inexplicable, tan sumamente ventajosa, vista la situación del ejército francés, que Championnet temió alguna emboscada y reunió en consejo á sus generales para determinar lo que les pareciese más conveniente: el voto unánime fué que debía aceptarse el armisticio.

La tregua por dos meses quedó, pues, acordada con arreglo á estas condiciones.

Los napolitanos entregarían la ciudadela de Capua con todos sus pertrechos.

El gobierno de Nápoles pagaría dos millones y medio de ducados como indemnización de los gastos que la República había hecho en la guerra á que la



había obligado la agresión del rey de las Dos Sicilias.

Esta suma se pagaría en dos plazos: la mitad el 15 de Enero y la otra mitad el 25 del mismo mes.

Una línea militar se trazaría entre los dos ejércitos.

Semejante armisticio fué un motivo de asombro para todo el mundo, y mucho más para los franceses que ignoraban las causas que le habían producido. Llamósele tregua de Sparanisi, nombre de la aldea donde se ajustó y firmó el día 10 del mes de Enero.

Digamos á nuestros lectores las causas que originaron aquella extraña tregua.

### CAPÍTULO III

#### Los tres partidos de Nápoles á principios del año 1799

Nuestro libro, según habrán podido conocer nuestros lectores, es un relato histórico en el que se encuentra mezclado como por accidente el elemento dramático; pero este elemento, lejos de dirigir los hechos y de plegarlos á su antojo, se somete á sus exigencias y no sirve, hasta cierto punto, sino para enlazarlos entre sí.

Y esos acontecimientos son tan curiosos, tan extraordinarios los personajes que en ellos juegan, que por la primera vez de nuestra vida desde que manejamos una pluma, nos vemos obligados á quejarnos de la riqueza de la historia, la cual sobrepaja las concepciones de nuestra imaginación. Así, pues, no tememos, cuando la necesidad lo exige, abandonar por algunos instantes, no el relato ficticio, — en este libro todo es verdadero, — sino el